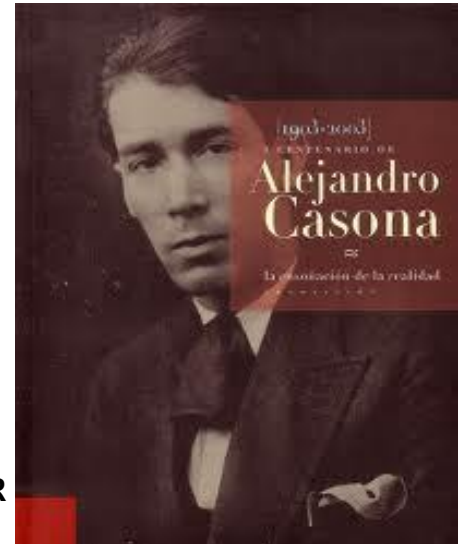


## Teatro adicional

### FARSA Y JUSTICIA DEL CORREGIDOR- Alejandro Casona

Biografía de Alejandro Casona

Alejandro Rodríguez Álvarez, conocido como Alejandro Casona, o también El Solitario, fue un dramaturgo y poeta español perteneciente a la [Generación del 27](#). Se le suele enmarcar dentro de la corriente denominada "teatro poético". Por su estilo lírico y sentimental, su producción dramática también se relaciona a veces con la de Federico García Lorca.



### FARSA Y JUSTICIA DEL CORREGIDOR

#### Personajes

**El Corregidor --El Secretario-- El Posadero --El Cazador --El Peregrino --El Sastre -  
-El Leñador --Dos Alguaciles --Un Ministril.**

*Sala capitular con estrado. Gran puerta de cuarterones al fondo, ante la cual montan la guardia dos Alguaciles, y otra falsa de acceso al palacio. Preside cualquier Majestad barroca de Castilla*

*(Entran el CORREGIDOR y el SECRETARIO de audiencias. Hablan de los vinos y manjares con esa tierna malicia que otros, menos curtidos, reservan a las confidencias de amor.)*

SECRETARIO.- Por Cristo vivo que no recuerdo haber disfrutado en mi vida semejante banquete. Bien pregonan la fama que en cien leguas a la redonda no hay mesa como la del señor corregidor.

CORREGIDOR.- Cada edad tiene su pecado capital. A los veinte padecí la lujuria; a los treinta, la ira y a los cuarenta, la soberbia. Ahora, con mis cincuenta corridos, y

antes que me llegue la avaricia, que es maldición de viejos, bendita sea esta gula que me libra de tantos males y a la que debo tantos bienes.

SECRETARIO.- Según eso, ¿afirmaría vuestra señoría que la gula puede ser una virtud?

CORREGIDOR.- Sin vacilar. En los años que lleva en mi secretaría, ¿qué le han parecido mis sentencias?

SECRETARIO.- Todo el mundo las celebra como la suma de la bondad, de la sabiduría y la justicia.

CORREGIDOR.-¿ Y a qué lo atribuye vuesa merced?

SECRETARIO.- Ante todo, a vuestro noble corazón.

CORREGIDOR.- Error profundo.

SECRETARIO.- A vuestro prodigioso cerebro salmantino.

CORREGIDOR.- Tampoco, hermano. Todo el secreto está en el estómago. (*Mientras sirve licor que un MINISTRIL trae en salvilla.*) Un hombre bien comido es siempre un hombre bueno. Un hombre bien bebido es siempre un hombre sabio. El día que a Salomón se le ocurrió la idea de partir a un niño en dos, estaba inspirado por una luminosa digestión. (*Le ofrece un vaso y levanta el suyo.*) ¡Por el único pecado de

carne que se puede llevar dignamente a mis años!

SECRETARIO.- ¡Por el nuevo Salomón de todas las Españas!

LOS DOS.- Salud. (*Beben y restallan la lenguas jurisperitas*)

SECRETARIO.- ¿Tostado?

CORREGIDOR.- Demasiado viejo para eso.

SECRETARIO.- ¿Solera?

CORREGIDOR.- Demasiado joven.

SECRETARIO.- Entonces, moscatel.

CORREGIDOR.- Tu dixisti.

SECRETARIO.- Bendita sea la cepa madre. (*Beben y restallan de nuevo.*) Y ese plato que hemos comido, ¿no podríais decirme de qué dulce milagro estaba hecho?

CORREGIDOR.- ¿No lo adivina aún?

SECRETARIO.- Por momentos sabía a pernil de monte; por momentos, a muslo de volatería.

CORREGIDOR.- Tal vez fueran ambas cosas juntas. Piense en una.

SECRETARIO.- ¿Paloma torcaz?

CORREGIDOR.- Demasiado duras; vuelan largo.

SECRETARIO.--¿Perdiz?

CORREGIDOR.- Demasiado flojas; vuelan corto. Piense más alto.

SECRETARIO.- ¿Pato salvaje?

CORREGIDOR.- Menos popular.

SECRETARIO.- ¿Garza?

CORREGIDOR.- Más noble aún.

SECRETARIO.- ¡Faisán!

CORREGIDOR.- ¡Bravo, secretario! Ya está desvelada la mitad del misterio. ¿Vamos con la otra mitad?

*(Se sientan juntos en plena intimidad confidencial.)*

SECRETARIO.- Esperad que recuerde. Olía a campo y a fruta.

CORREGIDOR.- Buen principio.

SECRETARIO.- El sabor era de muerte reciente y en sazón, como de cerdo por diciembre.

CORREGIDOR.- Cerca le anda. Pero ¿y aquella inocente ternura de manteca?

SECRETARIO.- ¿Lechón quizá?

CORREGIDOR.--Ca1iente, caliente. Pero ¿y aquel sabor de carne perseguida?

SECRETARIO.- ¿ Venado?

CORREGIDOR.- ¡Que se quema! Pero ¿y aquel gusto bravío de retama?

SECRETARIO.- ¿Jabalí?

CORREGIDOR.- ¡Lechón de jabalí con salsa de ciruelas!

SECRETARIO.- ¡Alabado sea el Santísimo! ¿Ya qué espera el Cabildo para levantar una estatua a vuestra cocinera?

CORREGIDOR.- ¿Cocinera? ¡Vade retro, blasfemo! Si mi cocinera fuera capaz de tal

prodigio, ya hace tiempo que sería mi esposa. No, hijo mío; las mujeres se quedan en los platos mostrencos: la olla podrida, la pepitoria o la menestra. Algunas, más audaces, llegan al estofado de liebre con olivas... y hasta hay casos aislados de paella. Pero la cocina artística está reservada al genio del hombre. Y entre todos los llamados sólo hay un elegido...

SECRETARIO.- ¡Ciego de mí! No digáis más : ¡Juan Blas el posadero!

CORREGIDOR.- ¡Juan Blas el de las Manos de Oro!

SECRETARIO.- Ahora lo comprendo todo.

CORREGIDOR.- Todo no. Todavía queda un detalle sutil. (*Se acerca más. Baja la voz.*)

¿No percibió en el guiso cierto aroma furtivo.... como una trampa en el juego.... como una cita con una recién casada. SECRETARIO.- Sí, por cierto; un tufillo inquietante

CORREGIDOR.-¡Ay!... Era el perfume del pecado.

SECRETARIO.- ¿Qué pecado?

CORREGIDOR.- Míreme bien a los ojos. ¿Soy yo un hombre honrado?

SECRETARIO.- El más honrado. el más justo, el más incorruptible de los jueces.

CORREGIDOR.- Pues bien, hermano; eso que acabamos de comer juntos era el producto de un robo.

SECRETARIO.- ¡Imposible! ¿Su señoría robando?

CORREGIDOR.- Yo pecador.

SECRETARIO.- ¿Y yo vuestro cómplice? ¿Yo vuestro encubridor por una hora de gula?

CORREGIDOR.- Es mi talón de Aquiles. Póngame delante una sonrisa de moza o una lágrima de viuda. y me verá impávido. Póngame a los pies todo el oro del mundo, y no me verá doblar la vara de la justicia. Pero no me ponga un lechón de jabalí con salsa de ciruelas porque soy hombre al agua. (*Levanta su vaso.*) ¡Por Juan Blas el posadero. que Dios me conserve por los siglos de los siglos!

SECRETARIO.- Amén.

(*Chocan y beben. Se oyen fuera dos tiros, gritos lejanos y la voz de JUAN BLAS que llega corriendo.*)

VOZ.- ¡Socorro! ¡Favor!

ALGUACILES.- (Deteniéndole.) ¡Alto!

POSADERO.- ¡Que me matan! ¡Piedad para un inocente!

SECRETARIO.- ¡Dios de Dios! ¿No es Juan Blas. el posadero en persona?

CORREGIDOR.- Dejadle paso!

*(Los ALGUACILES se apartan. JUAN Blas cae de rodillas, temblando, a los pies del CORREGIDOR.)*

POSADERO.- ¡Por su alma. señor corregidor, sálveme! ¡Cuatro hombres me vienen persiguiendo, dispuestos a arrancarme el pellejo!

CORREGIDOR.- ¿En mi presencia?

POSADERO.- Con la furia que traen son capaces de todo. *(Se oye el griterío llegando a la puerta.)* ¡Ahí están! ¡Muerto soy si la vara de la justicia no me ampara!

CORREGIDOR.- Pronto, secretario, detenga a esos hombres. Y que no entre nadie hasta que yo lo ordene. *(Salen el SECRETARIO y ALGUACILES, cerrando la puerta. Fuera va calmándose el tumulto.)* Tranquilízate, hijo mío. ¿Por qué te persiguen?

POSADERO.- Por cuatro cosas en que no tengo culpa: un robo, un mal parto, cuatro costillas rotas y un rabo de burro.

CORREGIDOR.- Nunca escuché juntos tan extraños delitos. Explícate.

POSADERO.- Lo del robo, mejor lo sabe su señoría que yo. Es aquel lechón de jabalí que me hizo traerle esta mañana. Imagínese cómo se puso el cazador cuando volvió a buscarlo y se encontró con las manos vacías.

CORREGIDOR.- Era de esperar. Pero ¿no le dijiste que el lechón se había escapado del horno como te mandé?

POSADERO.- ¡Nunca tal hubiera dicho! Echó mano a la escopeta jurando como un demonio, y si no pongo pies en polvorosa, a estas horas está su señoría hablando con un cadáver.

CORREGIDOR.- Comprendo lo del cazador. Pero ¿y los otros?

POSADERO.- Todo lo enredó mi mala estrella. Huyendo del cazador, le rompí cuatro costillas a un peregrino; huyendo del peregrino, atropellé a la mujer del sastre, que estaba embarazada; y huyendo del sastre ocurrió la desgracia más sangrienta: la del burro.

CORREGIDOR.- ¿Qué desgracia y qué burro son éstos?

POSADERO.- El burro del leñador. Era mi única salvación para escapar, pero el maldito animal se echó al suelo; yo quise levantarlo a la fuerza tirándole del rabo, y él que no, yo que sí, tanto tiramos los dos, que me quedé de cuajo con el rabo entre las manos. Y ahí están los cuatro como cuatro furias pidiendo a gritos mi cabeza.

¡Defiéndame. señor! CORREGIDOR.- Calma, Juan Blas, calma. Difícil es tu caso, pero soy hombre agradecido y ¡mal potaje de nabos me dé Dios si no te salvo! Que más le valiera a la República perder sus monumentos y su historia que perder un cocinero como tú.

POSADERO.- (Besándole las manos.) ¡Gracias, señor, gracias!

*(El CORREGIDOR sube al estrado y agita la campanilla. Se abre la puerta.)*

CORREGIDOR.- Que pasen los querellantes.

*(Entran en tropel, detrás del SECRETARIO, el CAZADOR con su pluma y escopeta, el PEREGRINO con su bordón y conchas santiaguesas, el SASTRE con sus enormes tijeras y el LEÑADOR con su rabo de asno. Los ALGUACILES quedan nuevamente en la guardia.)*

CAZADOR.- Ahí está el ladrón. ¡A la picota!

SASTRE.- El asesino de niños. ¡A la horca!

PEREGRINO.- ¡Mis costillas.... ay mis pobres costillas!

LEÑADOR.- Mi pollino querido.... mi compañero de fatigas. ¡Mire, señor, este triste despojo!

TODOS.- ¡Justicia, señor corregidor!

CORREGIDOR.- *(Imponiéndose a campanillazos.)* ¡Silencio todos! Siéntese el acusado. Siéntense los querellantes. Y oigamos en derecho a las dos partes. *(Alza el brazo, solemne.)* En el nombre del Padre, etcétera, etcétera, ¿juran todos decir, etcétera, etcétera?

TODOS.- ¡Juramos!

CORREGIDOR.- Queda abierta la audiencia. Escriba, secretario. *(Se sienta. Los cuatro acusadores vuelven a alborotarse.)*

CAZADOR.- ¡Cien latigazos a ese ladrón!

PEREGRINO.- ¡Mis costillas.... mis costillas!

SASTRE.- ¡Venganza para un padre malogrado!

LEÑADOR.- ¡Justicia contra ese arrancador de rabos inocentes! (*Llora besando y acariciando su despojo. Campanillazos.*)

CORREGIDOR.- ¡Silencio, repito, o hago desalojar la sala! Que hable el primero.

CAZADOR.- (*Se levanta.*) Yo, señor, soy cazador de oficio. Esta mañana salí temprano al monte y tuve la fortuna de cazar un faisán y un lechón de jabalí, que juntamente con una libra de ciruelas, llevé al horno de este enemigo público. Tres horas después vuelvo con la boca en agua a reclamar mi guiso y ¿sabe su señoría con qué cuento me sale el muy bribón? ¡Qué se atreva a repetido delante de la

Justicia!

CORREGIDOR.- Conteste el reo. ¿Dónde están las ciruelas de este hombre?

POSADERO.- Se las comió el faisán.

CORREGIDOR.- ¿Y el faisán?

POSADERO.- Se lo comió el jabalí.

CORREGIDOR.- ¿Y el jabalí?

POSADERO.- No hice más que abrir el horno y echó a correr hacia el monte como una centella.

CAZADOR.- ¿Cuándo se ha visto mayor desvergüenza? Encima del robo, el embuste y el escarnio. ¿No es para mandarlo al garrote de cabeza?

CORREGIDOR.- Calma, cazador, que la ira es mala consejera. Juzguemos serenamente. Por lo pronto, las tres afirmaciones que ha hecho el acusado podrán ser sospechosas de facto, pero in principio son indiscutibles. ¿Puede nadie negar que un faisán coma ciruelas?

CAZADOR.- Eso no.

CORREGIDOR.- ¿Puede nadie negar que un jabalí coma faisanes?

CAZADOR.- Tampoco.

CORREGIDOR.- ¿Y puede nadie negar que un animal de monte tire al monte?

CAZADOR.- Pero, señor corregidor, es imposible. El jabalí estaba muerto y bien muerto.

CORREGIDOR.- Nada hay imposible ante la voluntad de Dios. Muerta estaba la hija de Jairo cuando le fue dicho: «¡Dormida estás, despierta!» SECRETARIO.- San Mateo. capítulo 9, versículo 25.

CORREGIDOR.- Muerto y bien muerto estaba Lázaro cuando le fue dicho: «Levántate y anda.»

SECRETARIO.- San Juan, capítulo 11, versículo 43.

CORREGIDOR.- ¿ Vas a poner en duda los santos Evangelios?

CAZADOR.- ¿Qué importan ahora San Juan y San Mateo.

CORREGIDOR.- ¿Cómo que no importan? ¡Anote, secretario!

SECRETARIO.- Anoto. (*Escribe vertiginosamente.*)

CAZADOR.- De lo que se trata aquí es de Juan Blas el posadero. Y yo afirmo que un posadero no puede hacer milagros.

CORREGIDOR.- ¡Imprudencia temeraria! ¿No tienen acaso todos los posaderos del mundo el don de transformar el agua en vino como en las bodas de Caná? ¡Anote!

SECRETARIO.- Anoto.

CAZADOR.- Yo no hablo de agua ni de vino, sino de mi jabato al horno. ¡Y lo que yo

digo es que la carne al horno muerta está y muerta se queda para siempre!

CORREGIDOR.- ¿Qué dices, insensato? ¿Serás también capaz de negar la resurrección de la carne? ¡Anote!

SECRETARIO.- Anoto.

CAZADOR.- Pero señor corregidor...

CORREGIDOR.- ¡Silencio! ¿Anotó?

SECRETARIO.- Anoté.

CORREGIDOR.- Lea el folio.

SECRETARIO.- Primo: el deponente confiesa ser cazador de oficio, con desprecio evidente del quinto mandamiento: no matarás. Secundo: declara impudicamente no importársele un rábano de los Santos Testimonios y las bodas de Caná. Tercio: manifiesta abiertas dudas y recelos sobre el dogma de la Resurrección. Cuarto...



CORREGIDOR.- Suficiente. Lo siento por ti, hijo mío. Podría perdonarte que hayas tratado de difamar a un honrado ciudadano, sin pruebas ni testigos, y hasta que hayas penetrado con armas en el templo de la Justicia. Pero esta herejía in fraganti no habrá más remedio que someterla a la Santa Inquisición.

CAZADOR.- ¿La Inquisición? (*Cae de rodillas.*) ¡Misericordia. señor! Yo abjuro. reniego y me retracto de todo lo dicho. ¡Mea culpa. mea culpa. mea máxima culpa!

CORREGIDOR.- ¿Tiene algo que oponer el acusado?

POSADERO.- Por mi parte, puede ir en paz. Yo le perdono.

CAZADOR.- Gracias, hermano Blas. Gracias, señor.

CORREGIDOR.- (*Agita la campanilla y se levanta para sentenciar. Todos en pie.*) Vista la conciliación de las partes: devuélvase al posadero la honra y fama que se le había quitado. El primer faisán y el primer jabalí que cobre el cazador tráigalos a este tribunal como descargo, y previo el pago de veinte reales para ayuda de costas, ásesese. condiméntese y sírvase. ¡Digo! ¡Sobreséase. lácrese y archívese! (*Nuevo campanillazo. Se sientan todos.*) Que hable el segundo.

(*El cazador vuelve a su sitio y se levanta el PEREGRINO.*)

PEREGRINO.- Yo, señor. soy un pobre peregrino de vuelta de Compostela. Estaba en la iglesia rezando santamente mi rosario, cuando siento allá arriba en el coro un estrépito de carreras y alaridos como de gatos en enero. No hago más que levantar los ojos creyendo que se hundía el firmamento, y de repente este posadero del infierno que se me desploma encima, rompiéndome cuatro costillas. ¿Qué va a ser ahora de mí, viejo y tullido? ¡Justicia en nombre del cielo!

CORREGIDOR.- (*Encarando. furioso, al POSADERO.*) ¡Ah bestia del Apocalipsis! ¿A un anciano bendito del Apóstol. en plena oración y en plena iglesia? ¿Cómo puedes disculpar tal sacrilegio?

POSADERO.- Yo iba ciego de terror y entré en sagrado buscando refugio. El cazador me persiguió con la escopeta escaleras arriba. No me quedaba otra salida que saltar la baranda. Entonces cerré los ojos y... ¡zas! ¿Quién podía imaginarse que este santo varón estuviera debajo?

CORREGIDOR.- ¡Basta! Has incurrido en pecado de profanación y la ley ha de ser inexorable. ¡Ojo por ojo, costilla por costilla! Vete ahora mismo a la iglesia y arrodíllate a rezar el rosario. Tú, peregrino, súbete al coro, cierra los ojos y tírate sin miedo encima de él.

PEREGRINO.- Pero, señor corregidor, ¡son siete varas de altura!

CORREGIDOR.- Mejor: cuanto más alto el coro, mayor será el castigo.

PEREGRINO.- ¿Y si no atino y caigo en las baldosas? ¿Y si en lugar de sus costillas se rompen otras cuatro de las mías?

CORREGIDOR.- ¡Cómo, hombre de poca fe! ¿Vas a dudar del juicio de Dios?

PEREGRINO.- ¡No! No es la fe lo que me falta. Pero, pensándolo bien, con las costillas que me quedan, todavía puedo arreglarme. ¡Y es tan cristiano sufrir y perdonar! Si el señor lo permite, prefiero retirar la demanda.

CORREGIDOR.- ¿Tiene algo que oponer el acusado?

POSADERO.- Nada, señor.

CORREGIDOR.- En ese caso... (*Campanillazo. y todos en pie.*) Visto el mutuo consenso y la cristiana renunciación del demandante: por esta sola vez, y sin que sirva de precedente, autorícese al peregrino a seguir viaje libre de toda costa, caución y emolumento. Sobreséase, lácrese y archívese. (*Se sientan.*) Que hable el tercero. (*Vuelve a su sitio el PEREGRINO y se levanta el SASTRE.*)

SASTRE.- Yo, señor, soy sastre de tijera, como puede verse. Hace siete años que me casé soñando con un hijo a quien dejar mi oficio y mis ahorros, pero el fruto esperado no llegaba. Nos pasábamos las noches enteras rezando juntos. y nada. Las comadres acudían con hierbas, ensalmos y jaculatorias, y nada. La llevé a las benditas aguas de San Serenín del Monte, y tampoco. Ya empezaba a desesperar, cuando por fin el milagro se hizo. ¡Imagínese mi gozo! Día por día le medía la cintura, bendiciendo cada nueva pulgada y considerándome el más feliz de los sastres padres...

CORREGIDOR.- Conmovedora historia, pero al grano.

SASTRE.- Pues el grano fue que este mediodía íbamos juntos a la iglesia a dar gracias al cielo, cuando, de repente, la puerta que se abre de golpe, este

energúmeno que sale como una tromba estrellándose contra mi mujer, y entre el encontronazo y el espanto, mi trabajo de siete años perdido en un minuto! ¡Justicia contra el asesino!

POSADERO.- ¡Soy inocente! Si yo hubiera sabido que tu mujer estaba en vísperas, antes me hubiera dejado arrancar los ojos que rozarla siquiera. ¡Perdón, hermano sastre!

SASTRE.- Nada se arregla con perdones. Esta mañana yo era un hombre feliz y ahora soy un desdichado. Esta mañana mi mujer estaba llena y redonda como una manzana, y ahora está floja y escurrida como un odre. ¡Justicia, señor corregidor!

CORREGIDOR.- ¡Ah, miserable posadero! ¡De ésta sí que no te salvas! Llévate a tu casa a la mujer de este buen hombre, y no descanses hasta devolvérsela llena y redonda como estaba. ¡Pronto!

POSADERO.- (*Levantándose resuelto.*) ¡Vamos!

SASTRE.- ¡Alto ahí! ¡Protesto la sentencia!

CORREGIDOR.- Protesta rechazada. Si este infame te ha arruinado una cosecha, ¿no es justo que te devuelva otra cosecha?

SASTRE.- Me niego. ¡Es una injusticia manifiesta!

CORREGIDOR.- ¿Insulto a la autoridad? ¡Veinte reales de multa por desacato al Tribunal!

(*El SECRETARIO escribe vertiginosamente consumiendo folios.*)

SASTRE.- No me importa el precio. ¡Todos mis ahorros con tal de ver a ese desalmado en la picota!

CORREGIDOR.- ¿Intento de soborno? ¡Cuarenta reales!

SASTRE.- (*Desesperado, buscando amparo en la conciencia popular.*) ¿Oyen esto, vecinos? ¿Puede consentirse este atropello?

CORREGIDOR.- ¿Incitación a la rebelión? ¡Ochenta reales!

SASTRE.- ¡Apelaré a Su Majestad! ¡Si es necesario, llegare hasta Roma!

CORREGIDOR.- ¿Colaboración con una potencia extranjera? ¡Ciento sesenta reales! ¿Tienes algo más que alegar?

SASTRE.- (*Calmándose de repente.*) Nada, señor, muchas gracias. Sólo quisiera hacer constar humildemente -sin alevosía ni ensañamiento- que, en cuanto al posadero,

renuncio a toda restitución en especie. Mis cosechas prefiero sembrármelas yo mismo.

CORREGIDOR.- Puesto así, puede considerarse. ¿De acuerdo el acusado?

POSADERO.- De acuerdo.

CORREGIDOR.--Conciliadas las partes. (*Campanillazo y en pie.*) Veinte, cuarenta,

ochenta y ciento sesenta, trescientos reales redondos. Páguese, cóbrese y embólese.

(*Se sientan.*) Que hable el cuarto. (*El LEÑADOR se levanta confuso, escondiendo su rabo. Vacila. De pronto echa a correr hacia la puerta. Los ALGUACILES cierran el paso.*) ¡Alto! ¿Adónde va ese loco?

LEÑADOR.- Es tarde y tengo que llevar mi leña al mercado.

CORREGIDOR.- Aguarda, hijo. Primero tienes derecho a que se te escuche y se te haga justicia. ¿No traías una acusación contra ese maldito posadero?

LEÑADOR.- ¿Una acusación yo? ¡Jamás! Yo juro y perjuro por toda la corte celestial que mi burro nació sin rabo, que toda su vida vivió sin rabo, y que sin rabo ha de morir en paz y en gracia de Dios. ¡Con licencia, señor corregidor! (*Sale corriendo.*)